

COLECCIÓN HISTORIAS
DEL SUDOESTE BONAERENSE

JORGE A. BUSTOS

GAUCHOS EN EL SUDOESTE BONAERENSE (1820-1860)



Universidad
Provincial del Sudoeste
Promoviendo el Desarrollo Armónico de la Región



EdiUPSO
Editorial de la Universidad
Provincial del Sudoeste

Bustos, Jorge Aníbal

Gauchos en el Sudoeste Bonaerense 1820-1860 / Jorge Aníbal Bustos. - 1.ª ed. -
Bahía Blanca: EdiUPSO, 2019.

Libro digital, PDF - (Historias del Sudoeste Bonaerense / Tedesco, Marcelo C.)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-46769-6-2

1. Gauchos. 2. Historia de la Provincia de Buenos Aires . I. Título.

CDD 982.12



Universidad Provincial del Sudoeste. Provincia de Buenos Aires. Argentina

Sede central: San Martín 415, Pigüé - Telefax: (02923) 475693 - pigue@upso.gba.gob.ar

Sede Administrativa: Ciudad de Cali 320 (B8003FTH), Bahía Blanca

Tel.: (0291) 4592550 - Fax: (0291) 4592551 - info@upso.edu.ar - www.upso.edu.ar



EdiUPSO

<https://www.upso.edu.ar/ediupso>

ediupso@upso.edu.ar

Directora EdiUPSO: Regina Durán

Director de la Colección del Sudoeste Bonaerense: Marcelo C. Tedesco

Corrección, diagramación y tapa: Franco Magi

Las ilustraciones sobre gauchos pertenecen a la revista *Billiken*, año 1971. Ejemplar en el archivo del Museo Histórico Regional Emma Nozzi.

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11723 y 25446.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Bahía Blanca, Argentina, octubre de 2019.

© 2019 Ediupso

UPS

Rector

Dr. Hernán P. Vigier

Vicerrectora

Dra. Andrea A. Savoretti

Secretaria General Académica

Lic. María Claudia Dietz

Secretaria General Administrativa

Lic. Natalia Castillo

Secretario General de Relaciones Institucionales y Comunicación

Lic. Claudio Tesan

Secretaria General de Planeamiento y Bienestar Universitario

Lic. Mariano Porras

Decana de la Facultad de Desarrollo Local y Regional

Lic. Juliana Tomassini

Decana de la Facultad de la Micro, Pequeña y Mediana Empresa

Lic. Alexia Postemsky

EdiUPS

Directora

Mg. Regina Durán

Consejo Editorial

Mg. Regina Durán

Mg. Adrián Cannellotto

Dra. M. Belén Guercio

Dra. Guadalupe Oliveras

Director colección

Historias del Sudoeste Bonaerense

Mg. Marcelo C. Tedesco



PRÓLOGO

La colección “Historias del Sudoeste Bonaerense” forma parte de uno de los objetivos por los que fue creada la Editorial de la UPSO. Nuestro sello editor nació en 2017 con la misión de contribuir a la promoción y difusión del saber a través de la generación de material bibliográfico producido para la región del Sudoeste Bonaerense, teniendo en cuenta las necesidades del ámbito académico, cultural y del medio en el cual la Universidad está inserta, a fin de responder de manera satisfactoria a las expectativas de la comunidad que la contiene.

Entre sus objetivos cuenta “promover, rescatar y difundir la producción de autores de la región del sudoeste bonaerense, en sus diferentes géneros, de acuerdo con las líneas editoriales y condiciones determinadas por esta editorial”. En este sentido, esta serie está compuesta por obras originales, cuyos autores resultaron seleccionados en concursos de propuestas, o bien fueron convocados especialmente para aportar su producción literaria o histórica.

El propósito de esta Colección es múltiple, y quizás ambicioso: en primer lugar, buscamos llenar un lugar de vacancia en el conocimiento de los sucesos que han hilado las ricas tramas de nuestros pueblos y ciudades del sudoeste bonaerense, enhebrándolas con anécdotas, personajes, lugares y acontecimientos singulares; y que por diversas razones en muchos casos no trascienden los ámbitos locales, volviéndose así de difícil acceso para quienes no viven o han vivido en ellos.

En segundo lugar, aspiramos a generar un espacio de publicación para autores más o menos aficionados, quienes no suelen tener medios para divulgar su obra. Como se expresara, hemos asumido desde la creación de la EdiUPSO que la tarea de un sello universitario debe

orientarse especialmente a brindar acceso social al conocimiento, poniendo al alcance de la comunidad de manera pública y gratuita textos académicos, literarios, de cátedra y otros.

A poco más de dos años de creada la EdiUPSO, su repositorio está en constante crecimiento. La incorporación de estos trabajos significará un avance en términos de brindar obras a un público que quizás no es quien busca prioritariamente lectura de textos provenientes de una editorial universitaria, pero a quien nuestro carácter de universidad pública comprometida con su comunidad nos obliga también a alcanzar.

Cabe un especial agradecimiento a los autores que sumaron sus obras a esta colección, quienes dedicaron tiempo y esfuerzo para brindar generosamente sus trabajos. También a la directora de EdiUPSO, magíster Regina Durán, y al comité editorial —las doctoras Belén Guercio y Guadalupe Oliveras, y el doctor Adrián Cannelotto—, por la dedicación con la que asumieron esta tarea. Este reconocimiento alcanza por igual al Director de esta Colección, el magíster Marcelo Tedesco, quien tuvo a su cargo la relación cotidiana con los autores, la edición y corrección de cada uno de los trabajos y el seguimiento del proceso editorial.

Esta Colección es un espacio abierto, que se irá enriqueciendo con nuevos aportes que paulatinamente se irán publicando luego de sucesivos concursos, así como con permanentes convocatorias. Esperamos que los lectores vuelvan periódicamente a encontrarse aquí con “nuevas y viejas” Historias del Sudoeste Bonaerense.

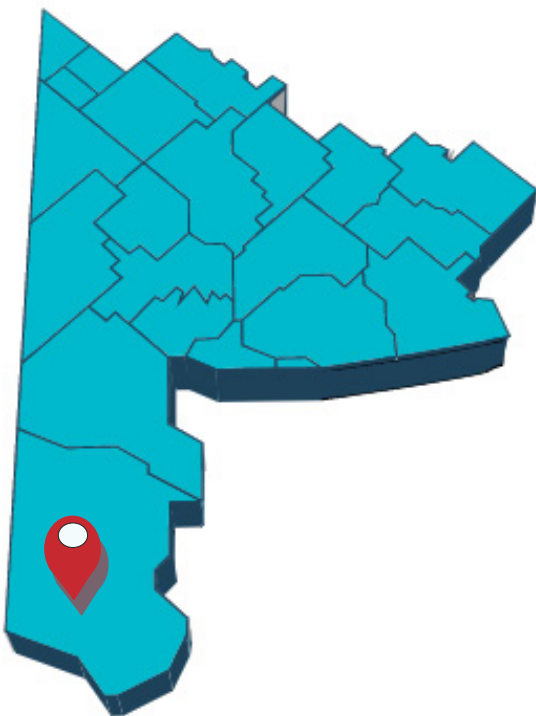
Dr. Hernán Vigier
Rector

JORGE A. BUSTOS

GAUCHOS EN EL SUDOESTE BONAERENSE (1820-1860)

ÍNDICE

Consideraciones previas *Página 7*
¿Qué dicen las investigaciones más recientes
sobre los gauchos? *Página 10*
El paisaje *Página 11*
Cuatro momentos en la vida de los gauchos
del río Negro *Página 14*
Baquianos y soldados (1779-1820) *Página 15*
Buenos años
para los gauchos (1821-1829) *Página 15*
Viviendo de la naturaleza (1829-1857) *Página 21*
Un nuevo horizonte (1860) *Página 23*
Sobre el Colorado *Página 25*
Bahía Blanca *Página 25*
Algunos apuntes sobre los gauchos *Página 26*
Los gauchos contra el Imperio *Página 26*
Baquía y coraje: los primeros gauchos
de la bahía Blanca *Página 26*
De baquianos y bomberos *Página 30*
Los gauchos en el saladero vistos
por un francés *Página 31*
También con el arado *Página 32*
Poniéndole el cuerpo al malón *Página 32*
La vida o la libertad.
El dilema del duelo *Página 33*
¿Qué clase de personas
eran estos gauchos? *Página 34*
La actitud del gaucho ante el trabajo *Página 34*
Los sentimientos *Página 36*
Palabras finales *Página 37*
Bibliografía utilizada *Página 38*
Bibliografía sugerida *Página 39*



«A lo largo de estas páginas les contaré sobre los gauchos del sudoeste bonaerense, a partir de la fundación en 1779 de su población más antigua: Nuestra Señora del Carmen, Carmen de Patagones o Patagones».

CONSIDERACIONES PREVIAS

A lo largo de estas páginas les contaré sobre los gauchos del sudoeste bonaerense, a partir de la fundación en 1779 de su población más antigua: Nuestra Señora del Carmen, Carmen de Patagones o Patagones. Llegaremos hasta la década de 1860, momento en el que se abrían nuevos horizontes para nuestros paisanos y para el agro regional. En el camino acompañaremos a los baquianos que encabezaron la avanzada fundadora del Fuerte Argentino que arribó a la Bahía Blanca el 21 de marzo de 1828. Precisamente, nos consideramos en deuda con este espacio de nuestro sudoeste, el único de la región, además de Patagones, sobre el cual tenemos información relativa a esta época.

Para quien desee profundizar, recomiendo la lectura de los cinco textos destacados en la bibliografía. Estas publicaciones tienen el valor de superar prejuiciosas imágenes tradicionales. Así, encontraron que los gauchos fueron (¿o son?) personajes más complejos y diversos de lo que hasta entonces se creía; que iban mudando de hábitos como de ropa, al compás de las transformaciones agrarias o de las contingencias de su propia vida. Me pareció interesante incluir la novela «Juan Moreira», porque su protagonista pasó por contingencias parecidas a la de tantos hombres que se hicieron «matreros¹», sencillamente porque la tierra que ocupaban o aún su propia mujer, eran codiciadas por algún poderoso.

Una de las conclusiones más importantes, es que no se debería hablar de «el gaucho» sino de «los gauchos». Al referirnos a los gauchos en plural, damos cuenta de una diversidad que responde a las transformaciones por las que fue atravesando el agro rioplatense y a las características propias del conchabo rural, ajenas a la voluntad de los paisanos.

1 El término «matrero» refiere al gaucho que, lejos de su pago, transita espacios que le permiten eludir la ley. Una salida extrema es irse provisoriamente «a los indios». El matrero vive con escasos recursos, trabaja ocasionalmente y caza para obtener alimento, además de vender pieles y plumas para cubrir otras necesidades y «lujos» como la bebida, la música y las apuestas en las pulperías. Eventualmente sale del paso hurtando algo que precisa.

Ilustraremos este punto con dos ejemplos. El primero: el agro de fines de siglo XIX muy poco se parecía al de un siglo atrás. Tampoco su gente de modo que ser gaucho en 1780 no significaba la misma realidad que en 1880. Así como tampoco es igual ser gaucho campesino que gaucho matrero.

Va otro ejemplo —ficticio— con dos hombres: en 1800, un campesino ocupante de tierras realengas² atiende con su familia una pequeña huerta, un pedazo de tierra para cinco o seis fanegas de sembradura, aves de corral, una vaca lechera y una tropilla de caballos. Solo lo atan la siembra y la cosecha. Después es materia dispuesta para domar, preparar parejeros o hacer alguna tropa. El segundo caso data de 1820 con un hombre errante en el amplio espacio de frontera³. Es el matrero que huye de la ley por delitos realmente cometidos o por la persecución interesada en apropiarse de la tierra que ocupaba para la subsistencia familiar. Su vida oscila entre el mundo indígena y las avanzadas de estancias y pulperías; alterna boleadas de avestruces que le dan comida y plumas para hacerse de los vicios, con conchabos de ocasión como una yerra o hacer de baquiano para una exploración militar tierra adentro. Además, se defiende como soguero. Su único lujo: la pulpería, caña, baraja y taba. Ambos hombres son gauchos y, sin embargo, son distintos. Moreira, como tantos otros, fue los dos. Primero campesino, hasta que la connivencia entre autoridades y propietarios lo obligó a huir, perdiéndolo todo para transformarse en matrero. Miles de Moreira parió la sociedad.

Buena parte de la literatura tradicional sobre los gauchos, se edificó sobre la base de relatos de viajeros, en general europeos, y de crónicas periodísticas que solo recogían la voz de los patrones. Así nació un arquetipo de gaucho instalado en el imaginario de los argentinos: el hombre errante, cuchillero, de escasos escrúpulos para matar, poco afecto al trabajo y devoto en cambio de las pulperías, la caña, la guitarra, los naipes y la taba. Cierto es que había de esta clase entre los matreros pero no todos lo eran.

Se habla de los gauchos cada vez que aparecen en su versión matrera porque es allí donde se los reconoce y describe. En cambio, cuando el viajero es alojado en un rancho pobre por una familia que lo atiende

2 «Realengas»: que pertenecen al Rey o al Estado.

3 «Frontera» no refiere aquí a la clásica “línea de frontera”, vista como un rígido límite entre las sociedades indígenas y criolla, sino a un amplio espacio geográfico en el que ambas sociedades establecen una amplia y compleja gama de relaciones políticas, económicas y sociales.

con desinteresada hospitalidad, tanto que interrumpen la cosecha de su trigo, no repara en que allí había un gaucho.

Los gauchos del Carmen fueron, hasta la década de 1820, exclusivamente peones y baquianos empleados del Fuerte y, por supuesto, la mayor parte de su tropa. A partir de 1822 y por más de 30 años, su presencia se hizo más notoria, merced a que el gobierno bonaerense hizo de Patagones un presidio para reos que cumplían sus condenas por delitos cometidos en cualquier lugar de la provincia. Más tarde, luego de 1880, llegarían puntanos y cordobeses con tropas de ganado mular, y hombres de diversos lugares de la geografía bonaerense con vacunos y lanares. Muchos de ellos terminarían afincándose en una campaña que ya se extendía en un horizonte que parecía no tener límites, luego del despojo al que habían sido sometidas las tribus patagónicas y surpampeanas.

Empero, en estas páginas llegaremos solo hasta 1860 porque bastante hay para contar sobre los gauchos, y no queremos ser injustos con lo que ellos comenzaban a protagonizar en el resto del sudoeste bonaerense y que aún desconocemos.

En primer lugar daré cuenta de cuatro distintos momentos por los que pasó la existencia de los gauchos en el Carmen a lo largo de los ochenta años que comprende este trabajo. Luego destacaremos algunos tópicos que esperamos contribuyan a una mejor comprensión de estos hombres. En lo que respecta a Bahía Blanca, lamentablemente disponemos de escasa información sobre el período considerado, de modo tal que intentaremos algunas pinceladas con los datos de los que disponemos. De cualquier modo, considerando lo sustancial de este trabajo, es decir, los gauchos, el material analizado sirve para ilustrar ambos espacios.

Finalmente, quiero destacar que esta indagación no solo responde al deseo de conocer cuestiones sustanciales de nuestro pasado histórico. Duele y preocupa la estigmatización que a menudo cae, precisamente, sobre sectores vulnerables de nuestra sociedad. Es nuestro propósito que estos apuntes sobre los gauchos contribuyan a sustituir prejuicios por conocimiento y resentimiento por solidaridad.

¿QUÉ DICEN LAS INVESTIGACIONES MÁS RECIENTES SOBRE LOS GAUCHOS?

Las investigaciones realizadas a partir de la década de 1980 se han valido de fuentes documentales en lugar de los relatos de viajeros, las notas periodísticas y los textos de publicistas. Entonces, los expedientes judiciales, la contabilidad de estancias, y en general documentación oficial, han permitido encontrar nuevas claves de comprensión del tema que nos ocupa. A continuación, expongo sintéticamente conclusiones de esta renovada perspectiva, sobre la que existe un amplio consenso.

En las estancias eran pocos los «mensuales» porque el trabajo solo abundaba en ciertas épocas del año. Entonces se contrataba gente que, cuando ya había cumplido su función, quedaba del otro lado de la tranquera. Por lo tanto, los gauchos debían ser hábiles en diversas faenas para aprovechar la ocasión de un trabajo cualquiera: baquiano, tropero, albañil, esquilador. Ciertamente es, que en tiempos de trabajo escaso podían frecuentar más asiduamente la pulpería. Pero no eran «vagos» ni «mal entretenidos» sino paisanos transitoriamente desocupados que disponían de sobrado tiempo para demorarse allí.

Los bandos donde se publicaban las disposiciones sobre «vagos y mal entretenidos» solo se exhibían cuando las estancias precisaban de los gauchos. Esta atención del Estado provincial a las necesidades de los propietarios se conjugaba con el accionar de los alcaldes y jueces de paz, siempre en connivencia con aquellos. Sabía el gauchaje que enfrentar su autoridad los podía poner en un fortín fronterizo.

En algún punto colisionaban las necesidades de estancieros y Estado cuando la policía detenía a paisanos santiagueños y puntanos que llegaban a la campaña bonaerense en busca de un conchabo temporal. Obviamente, como recién llegados que eran, no portaban papeleta de conchabo de modo que eran «castigados» con servicios forzados por tres años en el ejército de línea. Este precisaba hombres, tanto como los propietarios, y más aún en momentos en que se desataba la violencia fronteriza o los conflictos interprovinciales.

Los estancieros se quejaban crónicamente de unos gauchos errantes y poco afectos al trabajo que abandonaban las estancias. Los diarios de la época y los viajeros recogían esas lamentaciones. Sin embargo, la contabilidad de las estancias da cuenta de que casi todos los hombres se iban para la misma época. ¿A dónde? ¿A tocar la guitarra, emborracharse y pelear en la pulpería? No. Se iban a la cosecha de trigo que pagaba mejores jornales. Otros, en cambio, regresaban a segar su propio trigo y a reencontrarse con su familia.

El gaucho vivía con muy poco, más cuando estaba solo. Sin trabajo, aprovechaba la existencia de una frontera abierta más allá de las estancias, para hacerse de carne, huevos de avestruz, plumas y pieles que no le harían extrañar la estancia, aunque sí a su familia.

La papeleta de conchabo fue un documento de uso obligatorio que extendían los estancieros a sus trabajadores. Quien carecía de ella era considerado «vago» y condenado a servir en el ejército de línea por varios años. Destinatarios de esta medida eran los gauchos, con el objetivo de obligarlos a someterse a relaciones de trabajo asalariadas. Además, se abarataba la mano de obra en las tareas rurales y se evitaba robo de ganado por parte de algunos gauchos sin trabajo.

Una medida asociada a la papeleta era la prohibición de cazar aves-truces y nutrias. Evitar los robos de ganado era necesario. Sin embargo, nada se decía del objetivo más importante que era el mismo de la papeleta: obligar a los gauchos a conchabarse.

La imagen tradicional de una campaña violenta con la fábula del gaucho vago, cuchillero o ladrón de ganado alcoholizado en las pulperías contrasta con las estadísticas oficiales que señalan lo contrario. Ricardo Salvatore logró establecer que en toda la campaña bonaerense hubo entre 1831 y 1852 un promedio anual de 216 detenciones. Solo 63, es decir, un 34 %, fueron detenciones por homicidios. En rigor de verdad, la cantidad de homicidios sería menor, ya que en algunos casos podía haber más de un detenido por el mismo crimen. La pena por cualquier delito era tan grave que actuó como un contundente disciplinador social.

La presión para obligar al paisanaje a hacerse asalariado no fue exclusiva de la campaña bonaerense sino que se produjo en todo país que transitara el proceso de construcción de modo de producción orden capitalista.

EL PAISAJE

Carmen de Patagones es actualmente cabecera del Partido de Patagones, el más extenso y austral de la provincia de Buenos Aires. Cruzando el río Negro, que en este lugar tiene más de 300 m de ancho, se encuentra Viedma, capital de la Provincia de Río Negro. Sin embargo, en los tiempos finales del relato, los límites de la Provincia de Buenos Aires se extendían hasta el Estrecho de Magallanes.

El Carmen o Patagones, fundado en 1779, era hacia 1820, una pequeña aldea enclavada en pleno territorio tehuelche. Digo 1820, aunque recién dos años más tarde los gauchos comenzarían a fluir sobre el Carmen, porque las condiciones que explican su presencia allí, se gestaron previamente.

Hasta la cruenta Campaña al Desierto, este enclave patagónico permaneció al sur de las sucesivas líneas de frontera. Por caso, faltaban en 1820, tres años para que se erigiera el Fuerte Independencia (Tandil), ocho para el Fuerte Argentino, o Fortaleza Protectora Argentina (Bahía Blanca) y trece para el Fortín del Colorado (Pedro Luro). Si bien estos emplazamientos facilitaron la comunicación terrestre con Buenos Aires, la distancia que los separaba del Carmen hacía imposible un auxilio inmediato.

El Fuerte estaba enclavado en la elevada margen norte del río Negro, a 30 km de la desembocadura. La población⁴ principal del Carmen se desplegaba sobre el faldeo que desde el Fuerte descendía hasta la costa del río. Allí, en las inmediaciones del muelle se concentraban las edificaciones más expectables: las casas de las familias acomodadas, los almacenes, las pulperías y las barracas. A pocas cuadras, hacia el este, estaba la «Nueva Murcia», otra población del norte. Si bien en esta margen las bardas caen a pique sobre la ribera, en algunos sitios aquellas se comienzan a alejar de la costa hasta que se abren en espacios conocidos como «bañados». Estos ofrecen algunas hectáreas cultivables, ya que, al estar apenas por encima del nivel del río, cuando este crecía se desbordaba sobre las márgenes bajas regando los sembradíos.

Sin embargo, las mejores tierras para la producción rural, se desplegaban por el valle de la margen opuesta, que en este punto tiene unos 15 kilómetros de ancho. Allí estaba la naciente «población del sur»: un puñado de viviendas y alguna pulpería para los peones de los saladeros, chacras y estancias.

Que la margen sur, la de mayor potencial productivo quedara divorciado del Fuerte, se explica por su vulnerabilidad ante los desbordes del río⁵. Cuando no existían las actuales defensas costeras, con la pleamar las aguas derramaban sobre las tierras de cultivo. Este beneficio se

4 El término «población» representa aquí un núcleo de viviendas separado de otros, pero todos dentro de la misma jurisdicción. Sería el equivalente actual de un barrio.

5 Dado que el mar está a solo 30 km, las pleamares funcionan como un tapón en la desembocadura, haciendo retroceder al río que comienza a correr en dirección opuesta a la desembocadura. Entonces, el agua regaba los cultivos y pasturas. Pero cuando un temporal con vientos del sudeste se prolongaba por varias jornadas el río crecía de tal modo que devastaba ambas márgenes.

transformaba en destrucción, cuando por lluvias o deshielos copiosos, el río bajaba muy cargado y los efectos de la pleamar se prolongaban por un día entero o más. Es lo que había acontecido en junio de 1779 a días de haberse erigido el Fuerte, obligando a Francisco de Viedma a trasladar todo y levantar una nueva fortificación en lo más alto de la margen norte del río.

Por detrás de lo que a partir de 1820 sería la población del Sud —hoy la ciudad de Viedma—, se extendía la Laguna del Juncal, que ocupaba unas 15.000 hectáreas. Había allí una fauna diversa y abundante: aves acuáticas y costeras, nutrias y cuisés.



Imagen 1. El paisaje
Patagones según el naturalista francés Alcide D'Orbigny (1829)

CUATRO MOMENTOS EN LA VIDA DE LOS GAUCHOS DEL RÍO NEGRO

Si nos preguntáramos cómo pasaba su vida un habitante del Carmen, un gaucho por caso, en algún momento del primer siglo de vida de la aldea, necesariamente deberíamos indagar sobre el estado por el que atravesaban las relaciones con las tribus patagónicas y surpampeanas. Ese era el principal condicionante de la vida social y de la situación económica de todos y cada uno en aquél confín de la frontera.

En el período histórico que abarca este trabajo se distinguen tres momentos. El primero se desarrolló entre 1779 y 1820, el segundo de 1820 a 1829 y el tercero desde 1829 hasta 1860. Cuando las relaciones eran buenas se ampliaban el área productiva, los negocios y las posibilidades de conchabo. Lo contrario sucedía cuando la paz fronteriza se quebraba. Sin embargo, el Carmen disponía de abundantes recursos de fauna que permitían a los gauchos no tener patrón. De modo tal que las salinas, los saladeros, las barracas, chacras y estancias eran apenas alternativas posibles de subsistencia, pero no las únicas.



Imagen 2. Mapa
Cuatro momentos en la vida de El Carmen

BAQUIANOS Y SOLDADOS (1779-1820)

Una de las tantas singularidades históricas de Carmen de Patagones es que durante sus primeras cuatro décadas de vida, tuvo gauchos solo entre quienes figuran en las «listas de revista» del Fuerte: peones, baquianos y buena parte de los soldados. Los primeros mantenían los escasos espacios públicos y las instalaciones del Fuerte. De ser necesario se podía prescindir de estos trabajos. En cambio, resultaba vital la atención que los peones dispensaban a la caballada de los soldados y al ganado disponible para el abasto de soldados y empleados del fuerte. Respecto de los baquianos, ya se hablará de ellos más adelante.

Hasta 1820 estas tareas solo podían ser realizadas por soldados o baquianos del Fuerte. Cuando la violencia fronteriza arreció hacia a fines de esta década, ya se cuenta con los gauchos deportados para auxiliar a los gauchos de uniforme.

BUENOS AÑOS PARA LOS GAUCHOS (1821-1829)

Hacia 1820 la población de unos cuatrocientos cincuenta habitantes estaba compuesta por europeos, la primera generación de hijos criollos y el principio de la segunda. Además, contamos a los escasos esclavos que una aldea muy pobre se podía permitir y a algunos indígenas ya arraigados en el vecindario. La mayoría de los europeos eran españoles que habían llegado a las márgenes rionegrinas en los tiempos fundacionales. Ellos y sus hijos se dedicaban principalmente a la agricultura y los menos a la actividad ganadera y comercial. También había un pequeño pero próspero grupo de comerciantes europeos cuyo rubro fundamental era el comercio con los indios que desde el sur llegaban con plumas, quillangos, ponchos y soguería, en tanto que las tribus del Colorado y de Sierra de la Ventana, proveían de vacunos y caballos. A cambio de estos productos los comerciantes proveían de yerba, tabaco, resmas de papel, aguardiente, harina, bayeta y cuentas de colores.

Estas provechosas relaciones explican por qué jamás el sector urbano de la aldea fue tocado por un malón. Aun en los más críticos momentos de las relaciones fronterizas, podían ser arrasadas las estancias y muertos quienes no habían alcanzado a ponerse a resguardo del Fuerte. En cambio, la población desplegada por los alrededores del puerto

era intocable. El cacique que transgrediera este principio, sufriría la represalia de las tribus que desde Magallanes hasta Sierra de la Ventana mantenían estrechos vínculos comerciales con los patagoneses⁶.

La tardía aparición de gauchos en Patagones, fuera de los que revisitaban en el Fuerte, se explica por la crónica escasez de mano de obra rural en la campaña bonaerense donde, por ende, los salarios eran relativamente elevados. Entonces, ningún hombre haría centenares de kilómetros por un conchabo que sobraba en sus propios pagos. Para más, solo se podía llegar al Carmen por vía marítima, ya que la cesión del valle inferior del río Negro a los españoles por parte del cacique Negro, no contemplaba un libre acceso terrestre.

Al momento en que principiaba la remisión de presos por delitos comunes al Carmen en 1821, la vinculación con las tribus comenzó a re-encauzarse después de una serie de malones que habían diezmando su ganado. En ese año se contaban unos 4.000 vacunos, cuando tres años antes había alrededor de 16.000.

Aun así, parecía iniciarse un camino de bienestar para los patagoneses, después de la profunda crisis que para el Carmen había significado la Revolución de Mayo de 1810. Los ricos recursos salinos de que disponía Patagones fueron la clave de su efímero resurgimiento.

Desde fines de la década de 1810 se iniciaba el auge de los saladeros rioplatenses, que permitieron el completo aprovechamiento del vacuno, elevando la rentabilidad de los estancieros, estimulando su apetito sobre las tierras de las tribus y la presión para que el Estado sostuviera militarmente el resultado de la usurpación. Como vimos, similar presión se ejerció sobre los gauchos campesinos. La creciente militarización y extensión de la frontera precisaba hombres que se reclutaban en levadas forzosas. El lector ya sabe que estoy hablando de los gauchos.

La sal de las salinas permitió a Patagones participar de los beneficios de la expansión de la ganadería rioplatense. Entonces, y por lo que restaba del siglo, este recurso haría de la aldea una preciada posesión para la Provincia.

Ahora llegaban a al puerto patagonés, barcos de Buenos Aires, de la Banda Oriental y aún del sur del Brasil para comprar sal, tasajo y cueros salados. De paso, se colocaba una creciente producción triguera

⁶ Patagonés es el adjetivo gentilicio referente a los nativos de Carmen de Patagones durante buena parte del siglo XIX. A fines de ese siglo comenzó a coexistir con los «maragatos» hasta que este terminó imponiéndose.

que hasta entonces había carecido de mercados regulares. De tal modo se incrementó el área pastoril y de cultivos en ambas márgenes hasta unas seis leguas aguas arriba y alrededor de tres hacia la desembocadura.

Patagones también tuvo saladeros gracias a las especiales condiciones de acceso a los dos principales insumos de esa industria: la sal y el ganado vacuno. La sal era gratuita para los vecinos de Patagones. El ganado, en tanto, era provisto por las tribus pampeanas de Sierra de la Ventana y las del río Colorado como intermediarias, a un precio inferior al que pagaban los saladeristas bonaerenses. En su mayor parte, era fruto de los malones indígenas sobre las estancias. De acuerdo al viajero francés Alcide D'Orbigny, en los tres primeros años de existencia de los saladeros se compraron a los indios más de cuarenta mil cabezas de ganado. Este clima económico atrajo a algunos comerciantes y hacendados porteños, además de un puñado de agricultores.

Sin embargo, de poco habrían valido las ventajas que ofrecía el Carmen si se carecía de mano de obra calificada, es decir de gauchos. Era preciso arrear y faenar permanentemente miles de animales casi salvajes y a la vez contar con más brazos para la época de la cosecha de trigo. La solución se le ocurrió a Bernardino Rivadavia, al recordar que Patagones había alojado oportunamente tanto a presos políticos realistas como a disidentes internos. La aldea no precisaba una cárcel para encerrarlos.

Así fue que Rivadavia, ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, en 1821 dispuso que en adelante se destinaran a Patagones a los reos condenados por delitos de diversa gravedad: desde hurto hasta homicidio. De tal modo, resolvía dos problemas. Por una parte, descomprimía la situación de las dos cárceles provinciales. Dotadas de pésimas instalaciones y desbordadas por presos hacinados, se producían fugas frecuentes. Por la otra, atendía la demanda de los hacendados de Patagones que, acuciados por la necesidad de trabajadores, habían llegado a proponer que, como excepción, se reinstalara la trata de esclavos en el Carmen.

Entre los reos que comenzaron a llegar, había un alto porcentaje de gauchos. Al desembarcar, luego de al menos una semana de travesía, se registraba su ingreso previamente anunciado por un oficio. Junto al precario muelle se agolpaba una pequeña multitud de curiosos, vecinos que esperaban correspondencia, mercancías o familiares y quienes precisaban conchabar deportados. La comandancia solía quedarse con algún albañil, carpintero o herrero. En tanto, los comerciantes

podían encontrar un dependiente entre los falsificadores de dinero o los ladrones con cierta preparación. Finalmente, los hacendados, barraqueros y saladeristas se disputaban a los gauchos, cuya única carta de presentación era la nota que daba cuenta del delito cometido y del término de la condena.

En tanto, los reos confundidos aún por un viaje de no menos de siete días, debían optar entre quienes pujaban por contratarlos. No podía demorar su decisión si es que ese día pretendían comer y contar con techo. El régimen de deportación a Patagones era un gran «negocio» para el Estado que podía desentenderse por completo de la custodia, alimentación y alojamiento de los reos.

De acuerdo a un memorial de vecinos de 1824, ya había en el Carmen unos 150 reos en condición de peones. Estimamos que para entonces el total de habitantes rondaría los 650 individuos, por lo que la peonada presidiaria constituiría entre un 20 % a un 25 % de la población.

La expansión de la agricultura hizo que los chacareros compitieran con los hacendados por captar la mano de obra. Los vientos patagónicos solían ser devastadores para la producción triguera. Un sembradío que se había salvado de sequía y langostas podía sufrir el vaciado de las espigas por vientos que suelen durar varios días, de modo tal que era vital contar con brazos apenas el trigo hubiera madurado. Desmintiendo la idea sobre la condición exclusiva de trabajadores de la ganadería, se sabe hoy que en la campaña bonaerense, los gauchos que a principios de noviembre abandonaban las estancias, lo hacían para conchabarse en la cosecha donde los salarios eran más elevados. Otros, en cambio, regresaban con su familia para cosechar su propio trigo.

La situación de Patagones empezó a cambiar a fines de 1824, al crecer la presión sobre la comandancia del Fuerte, para que se cumpliera el decreto de 1821 que prohibía comprar ganado marcado a los indios. Detrás de la medida, había fuertes estancieros bonaerenses a quienes no les hacía gracia encontrar cueros con su marca en las barracas que provenían del Carmen. La efectiva prohibición generó un gran disgusto entre las tribus proveedoras de Sierra de la Ventana y del río Colorado y por supuesto entre los hacendados y saladeristas locales.

El gauchaje del Carmen también se veía afectado, ya que amarrado a su remoto sitio de confinamiento, veía achicarse su principal fuente de trabajo.

Además, venía incrementándose la violencia fronteriza a ambos lados de la cordillera. Así avanzó la militarización del Carmen como

imperativo de supervivencia de sus habitantes, que no podían esperar demasiado de la menguada y mal equipada guarnición del Fuerte. En 1828 se crearon dos cuerpos de milicianos: uno integrado por vecinos y otro por gauchos reos. Varios de ellos, seguramente habrían integrado la caballería criolla, protagonista de las épicas acciones que entre febrero y marzo del año anterior habían permitido derrotar a una fuerte expedición del Imperio del Brasil.

En noviembre de 1828, un malón de escasa envergadura había sido rechazado. Dos meses después, en enero de 1829, cuando el naturalista francés Alcides D'Orbigny⁷ iniciaba su larga visita a Patagones, una incursión de la montonera de los hermanos Pincheira se llevaba entre 5.000 y 6.000 vacunos de la margen sur. Precisamente, la minuciosa descripción de un saladero hecha por D'Orbigny, corresponde al momento en que se esperaba un malón. Los hombres estaban haciendo tasajo y salando cueros de unos 5.000 vacunos para evitar perderlo todo. Era el principio de años sombríos para Patagones y sus gauchos.

Más álgida era la situación en el Fuerte Argentino de la Bahía Blanca. El establecimiento de reciente creación estaba en el ojo de la tormenta, por tres razones. A diferencia de Patagones, estaba dentro de una de las áreas más candentes de ese especial momento de conflictividad. En segundo lugar, era comprensible el hostigamiento que sufría ya que los cacique sentían que la pérdida de tierras de alto valor estratégico como el espacio interserrano por la acción combinada con el Fuerte Independencia de Tandil. Además, en tercer lugar, los conflictos entre parcialidades indígenas como colofón de la guerra de independencia chilena se habían trasladado a este lado de los andes.

En ese marco, era muy difícil sostener un establecimiento, por lo que la presencia de gauchos destinados a esa labor debió haber sido muy escasa. Sin embargo, es probable que los hubiera entre los 77 quinteros que se registran en 1836, sobre una población de 1.400 habitantes. Dentro del total, más de 1.300 eran empleados civiles y militares y sus familiares (507 mujeres y niños). En 1854, ya se cuenta más de 700 habitantes, sin presencia de familiares de empleados y de soldados, situación comprensible considerando la conflictividad de la región. Una

7 Alcides D'Orbigny fue un naturalista francés que visitó varios países sudamericanos además de las provincias del litoral, Buenos Aires y Patagones. Su estadía más prolongada fue en el Carmen, entre 1829 y 1830 justo allí se ocupó de los gauchos como en ningún otro sitio. Aquí se reproducen apenas algunos fragmentos ilustrativos del paisaje y la sociedad del Patagones de aquellos años.

sarcástica opinión de 1859 vertida por el ingeniero Carlos Pellegrini señalaba respecto a las condiciones de Bahía Blanca que «no se trata allí de adelantar, sino de resguardar el pescuezo, sentados como están los habitantes sobre una mina cuya mecha va a dar con la guitarra de Calfucurá».



Imagen 3
Buenos años para los gauchos (1821-1829)

VIVIENDO DE LA NATURALEZA (1829-1857)

El año 1829 fue catastrófico para el Carmen. Dos malones y una inundación redujeron considerablemente su stock de ganado y el espacio productivo del que se disponía, dando lugar a un largo estancamiento económico. Otra cuestión gravitante, la belicosidad de las tribus, fue restringiendo los espacios productivos. Cuando en setiembre de 1829, D'Orbigny abandonaba el Carmen, la amplia llanura de la margen sur, la más apta para la ganadería, había sido arrasada y pocos audaces quedaban allí. El área productiva había quedado ceñida a la margen opuesta, a no más de una legua de distancia del Fuerte. Y las familias y comerciantes que habían comenzado a asentarse en los primeros años de la década, se marchaban en busca de mejores horizontes.

En diciembre de ese año, asumió la gobernación Juan Manuel de Rosas quien profundizó la militarización de la frontera. El punto más alto en la campaña de 1833, se dio en la disputa contra las tribus pampeanas y norpatagónicas. Se cerraba así definitivamente, el vínculo entre Patagones y las tribus de sierra de la Ventana y el Colorado, al suprimirse el tráfico de ganado maloneado que lo sustentaba. Los malones se redujeron notablemente a partir de la combinación entre coacción militar y «negocio pacífico». Esta eficaz política ideada por el gobernador Rosas consistía en trocar orden por raciones en ganado y otros efectos. Las tribus de la región que se acoplaron a esta política hacían sus tratados de paz y recibían raciones en Bahía Blanca, que sustituyó progresivamente a Patagones como espacio comercial.

La instalación del fortín Colorado a orillas del río homónimo durante la campaña de Rosas facilitó la comunicación con el Fuerte Argentino. Por esa huella que conducía al Fuerte Independencia —actualmente la ciudad de Tandil—, circulaban chasques, soldados y ganado legal destinado a la guarnición de Patagones.

Entre tanto ¿Qué era de los gauchos que aún no habían cumplido su condena? ¿Y qué hacían los que seguían llegando? La demanda de fuerza de trabajo se había reducido a una mínima expresión y no solo debido a la contracción del área productiva causada por los malones sino también porque los tiempos en que eran casi únicos proveedores de mano de obra habían quedado atrás. Ahora, negros e indígenas eran los favoritos de los patrones. La presencia de africanos era el fruto de la guerra de corso durante el conflicto con el Brasil. Los indígenas, en tanto, provenían de la tribu de «indios amigos» del cacique Lucanei,

asentados en San Javier, a unas seis leguas del Carmen. No solo proveían a la actividad ganadera, sino que se hacían de sus jornales en la época de cosecha. Esta presencia de indígenas de tribus amigas era muy común en los establecimientos fronterizos.

En estas circunstancias, que para otra gente habría configurado un amargo dilema, florecieron las cualidades del gaucho para vivir sin necesidad de conchabarse: extrema austeridad y destreza para la cacería. Poco precisaban estos hombres para vivir, tan solo un caballo y buen apero, pava y olla en su rancho, un par de mudas de ropa, unos pesos para los vicios —yerba, tabaco, papel y aguardiente— y carne. El único «lujo» consistía en contar con algún dinero para llegar al principal espacio de sociabilidad: la pulpería. Allí tomaba algo y si tenía con qué apostar, se acercaba a los naipes o a la taba.

Bien dice la milonga de Yupanqui: «De poco vale un paisano sin caballo»... Conchabarse sin caballo no solo implicaba una paga menor sino que le restaba autonomía al hombre para desplazarse desde su lugar de trabajo a la población. Aun siendo tan escasos sus requerimientos, suponemos que los paisanos que llegaban al Carmen tardarían en hacerse de caballo y apero o no llegarían a tenerlos antes de haber cumplido su condena. Pero algunos, los condenados por homicidio, arribaban para una «estadía» forzosa de diez años, en tanto que otros se afincaban definitivamente, con lo que podrían acceder a tan preciados bienes.

En cuanto a la comida, sabido es que la carne era lo más importante. Para eso no precisaba dinero un gaucho en aquel Patagones en el que podían acceder a una muy variada fauna. En la amplia llanura de monte ralo había guanacos, avestruces, mulitas, martinetas y maras. Como si esto fuera poco, en la Laguna del Juncal podían proveerse de patos, palomas, gallinetas, flamencos y nutrias. Por último, vendían a los comerciantes las plumas y las pieles obtenidas de la cacería. Y ya tenían para «los vicios» y la pulpería.

Cerrando esta larga etapa de casi treinta años en la vida del Carmen, en 1857 el Cacique Yanquetruz y el gobernador Rafael Obligado firmaron el tratado que permitiría a la población de ambos márgenes retomar un camino de paz y progreso

UN NUEVO HORIZONTE (1860)

Hacia 1860 se consolida una etapa que había comenzado tres años antes con la firma del tratado de paz entre el cacique Yanquetruz y el gobernador Rafael Obligado, pacto que abrió un tiempo de paz que duraría hasta la Campaña del Desierto del General Julio Argentino Roca. Su gente se iba integrando a las actividades rurales como mano de obra ocasional, alternando en las pulperías y recorriendo los negocios de la aldea. Sin embargo, antes de la firma del tratado, Yanquetruz debió realizar tres malones sobre el Carmen, para obligar a que las cláusulas del instrumento tomaran en cuenta que él era más poderoso que la guarnición local y no se le podían imponer cláusulas usuales para un cacique sometido.

En algún momento el cacique advirtió que el avance de los huincas era irreversible. Entonces prefirió replegarse al sur, sobre Valchitas y el Carmen para preservar a su gente. El tratado de 1857 estaba orientado a lograr un dispositivo de defensa mutuo que garantizara la paz definitiva en la región que llegaría a Las Manzanas⁸. Allí estaba Sayhueque, primo de Yanquetruz, ambos decididos a consolidar un eje de poder entre la cordillera y el Atlántico ya insinuado por sus padres, Chocorí y Chequeta, respectivamente.

De este modo, la expansión desde Patagones se dio hacia el oeste con la instalación de la Guardia Mitre en 1862 —prevista en el tratado de 1857— y Fortín Conesa en 1869. En rigor, antes habían avanzado las explotaciones rurales tras los pasos del pionero galés Juan Jones.

Así, nuestros gauchos tenían ante sí un amplio horizonte de trabajo. Casi como para elegir. También era este un espacio de aprendizaje de nuevos saberes necesarios para desenvolverse los años venideros. La explotación del ganado lanar cobró nuevo impulso, haciéndose dominante en el panorama productivo local. El proceso de expansión ovina de la provincia se vinculó con el extraordinario incremento de los precios internacionales de la lana⁹. La esquila y el manejo de estos animales pudo abreviar en los saberes de los indígenas, quienes distinguían

8 Las Manzanas: territorio de la tribu del cacique Sayhueque. Comprende los límites de la actual Provincia del Neuquén.

9 Los vacunos de Patagones que en 1854 eran 7.700, hacia 1869, quince años después, eran apenas 8.000. En cambio, los lanares, en los mismos años pasaron de 3.300 a 101.000 y tres años más tarde 137.000.

desde tiempos remotos como excelentes crianceros ovinos. La oveja «pampa», como se llamaba a su producto de manejo genético, era superior en peso de vellón y largo de fibra a los de las españolas «churras» y «castellanas» y más aún respecto de las criollas.

El despliegue productivo sobre el río Negro, hacia el oeste no se detuvo. En 1868 se funda el Fortín Conesa para sostener ese avance. A pesar de que este proceso incrementó la demanda de mano de obra, los vecinos pedían reiteradamente que Patagones dejara de ser utilizado como el presidio de la Provincia. Seguramente, los indígenas estaban reemplazando eficazmente a los criollos en este nuevo panorama, lo que a la vez consolidaba los beneficios de la paz para todos. Pero a pesar de las protestas, siguieron llegando reos, y entre ellos, nuestros gauchos. Esa vieja veta criolla es parte de la madera con la que está hecho más de un maragato y viedmense de hoy.



Imagen 4. Sobre el Colorado
Fortín del Colorado en 1833 (Réplica)

SOBRE EL COLORADO

Al tiempo que Patagones extendía los establecimientos rurales y los fuertes destinados a protegerlos, ambos márgenes del río Colorado comenzaban a poblarse con habitantes ávidos de hacerse de tierra. El más notable fue Pedro Luro, un inmigrante vasco-francés que llegó en 1856 con una tropa de carros de su propiedad para implantar sus establecimientos en ambos márgenes del río.

A la par de Luro, llegaban a probar suerte, hombres que apenas tenían ganado, pero que en corto tiempo podían multiplicarlo. Entre ellos, había gauchos como los que arribaban con su patrón. De los primeros, los que poco tenían y soñaban hacer mucho, ninguno quedó. La Ley N.º 947 de 1878, con la que se financió la Campaña al Desierto, consagró el latifundio que tantos males acarreó al país. Cuadros de 10.000 hectáreas era el mínimo a adquirir. Es decir, muy lejos de las posibilidades de un pequeño productor. Así, se erradicó a quienes se habían establecido tempranamente en la zona del Colorado, cuando todavía era considerada «tierra de indios».

Este mismo proceso comenzaba a darse en otros sitios del sudoeste. En todos los campos, vírgenes aún, llegarían gauchos arreando, principalmente, tropas de lanares y en segundo lugar, vacunos.

BAHÍA BLANCA

El censo de 1869 de la ciudad de Bahía Blanca, informa de un total de 1.472 habitantes, un 50 % más que quince años atrás. De ese total, 472 habitantes corresponden al área rural, aunque no hemos encontrado datos de producción para esos años. De cualquier modo, los observadores que visitaban el pueblo de Bahía, advertían el cúmulo de condiciones positivas que hacían de aquella localidad una posible potencia económica, en la que finalmente se convertiría.

ALGUNOS APUNTES SOBRE LOS GAUCHOS

A continuación, se desarrollan algunos tópicos que contribuyen a ampliar la mirada sobre los gauchos, a partir de esa preciada fuente que es la obra de D'Orbigny. En primer término, hablaré del papel que jugaron los gauchos en dos eventos trascendentes de nuestra región: el Combate de Patagones de 1827 y la fundación del Fuerte Argentino en 1828. Los temas siguientes permitirán conocer sobre el trabajo de los peones de un saladero, los baquianos y los duelos a cuchillo. Finalmente, hay un punto dedicado a discutir los prejuicios que se han tejido sobre el gauchaje a lo largo de décadas.

LOS GAUCHOS CONTRA EL IMPERIO

Los gauchos condenados resultaron vitales, no solo para la economía maragata. El 7 de marzo de 1827 tuvieron su página de gloria cuando varios de ellos se sumaron a comerciantes y hacendados para integrar la caballería miliciana que derrotó a una expedición invasora del Imperio del Brasil. Papel singular les cupo también en aquella heroica gesta a los veinte gauchos del baquiano del ejército, José Luis Molina.

La dotación del Fuerte carecía de caballos para una tropa que, forzosamente, se hizo infantería. La decisión del gobierno fue no enviar soldados ni caballos al Carmen para concentrar los esfuerzos en el frente de guerra y dejar para un momento más propicio la recuperación del establecimiento que se daba por perdido, al menos transitoriamente.

La milicia criolla comandada por el subteniente Sebastián Olivera cargó contra la infantería imperial, una vez que en la primera descarga había caído muerto James Shepherd, jefe de la infantería imperial. La fiereza de aquellos hombres curtidos en tanto entrevero fue decisiva para rendir a los invasores luego de horas de persecución en un infierno de los chañares, los piquillines y el espeso humo del monte incendiado por el gaucho Molina. Las llamas, obrando como una letal columna de caballería, contribuyeron a encerrar y rendir a un enemigo que casi cuadruplicaba en número a la milicia patagonesa.

Si hablamos de gauchos matreros, Molina y sus hombres son cabales prototipos. Hasta hacía muy poco habían vivido entre indios. El

propio baquiano se había casado con la hija de un cacique y hablaba el mapudungun, la lengua mapuche. Con sus hombres había participado del feroz malón sobre Dolores. Ello no obstó para que más tarde fuera indultado por el gobierno a cambio de sus invaluable servicios como baquiano. Pero... ¿Cuál fue su historia anterior? Su pasado fue parecido al de tantos hombres buenos como Juan Moreira. Había sido capataz de la estancia de Francisco Ramos Mejía¹⁰ hasta que este fue arteramente encarcelado en 1821 por el gobernador Martín Rodríguez. Molina, que hasta entonces había sido un gaucho pacífico, debió huir para evitar un castigo que no merecía y se convirtió en matrero.

BAQUÍA Y CORAJE: LOS PRIMEROS GAUCHOS DE LA BAHÍA BLANCA

En 1828 el ingeniero militar francés Narciso Parchappe, fue comisionado por el gobierno provincial para hacer un reconocimiento preliminar de la bahía Blanca, a fin de resolver hacia qué punto se dirigiría la expedición (del coronel Estomba) y elegir por adelantado el sitio donde debía comenzar a formarse el establecimiento. Afortunadamente, Parchappe escribió una crónica de su viaje desde Tandil y la cedió posteriormente a su coterráneo, Alcides D'Orbigny, quien la incorporó a su libro «Viaje a la América Meridional».

En la última etapa de su viaje desde Buenos Aires, el 12 de marzo de 1828, partía desde el Fuerte Argentino (Tandil) hacia la Bahía Blanca. Aquí, el francés adelanta el tema de uno de los tantos oficios gauchos: el de baquiano:

Me puse en marcha con una escolta compuesta de veinticinco coraceros, que mandaba el teniente coronel Morel; nuestra tropa aumentó al incorporarse 30 indios con su cacique, diez mujeres, un baqueano o guía, acompañados de seis hombres y dos habitantes de Patagones o el

¹⁰ Francisco Ramos Mejía fue de los primeros hacendados bonaerenses en trasponer el río Salado y plantar su estancia de 250 leguas compradas a los indígenas. Incorporó a varios de ellos a su peonada y al resto le permitió transitar y acampar en sus tierras. Practicó con la comunidad indígena asentada en sus tierras (unas doscientas personas), un culto religioso muy particular que despertó recelos en la iglesia. En 1820, varios caciques delegaron en él la firma del tratado de Miraflores que el gobierno no demoró en transgredir.

Carmen, con tres criados. (...) A la vanguardia, y a una media legua de distancia, avanzaba el baqueano o guía; el personaje más importante de toda la caravana, puesto que es su experiencia la que conduce a través de los campos, hace evitar los obstáculos, calcula la dirección y los altos, de acuerdo con la necesidad de agua. El arte de orientarse en medio de desiertos cuyo aspecto uniforme no ofrece ningún objeto que pueda dejar en la memoria rastros profundos, exige una sagacidad de la cual podemos tener difícilmente idea y que sólo se encuentra entre los salvajes o entre pueblos semejantes a los pastores de América del Sur, cuya educación y costumbres se aproximan al estado natural. *El Baqueano que nos conducía estaba, con ese carácter, a sueldo del gobierno, lo acompañaban algunos holgazanes que, con el título de voluntarios, y sin otra esperanza que la de participar en alguna refriega, donde se les permitiera llevarse los caballos de los indios abandonaron alegremente sus lugares de residencia, para desafiar las incomodidades y privaciones de la vida errante. Esos aventureros pertenecían a la clase de hombres que en el país reciben el nombre de gauchos, gente vagabunda sin domicilio, que vive de lo común, abusando de la hospitalidad, tan general en esas comarcas, dividiendo su vida entre el juego y las tabernas y no alquilando sus servicios sino en el último extremo; verdadero tipo de costumbres agrestes y del carácter independiente de los habitantes de provincias donde domina la vida pastoril. Algunos de los voluntarios marchaban en grupos alrededor del baqueano; otros, colocados por sus órdenes a media legua sobre los lados de la columna, le servían de exploradores y escrutaban con ojo avizor las altas hierbas que cubren gran parte de la superficie de las llanuras. Venían a continuación los indios: esos altaneros e indómitos guerreros marchaban esparcidos,*

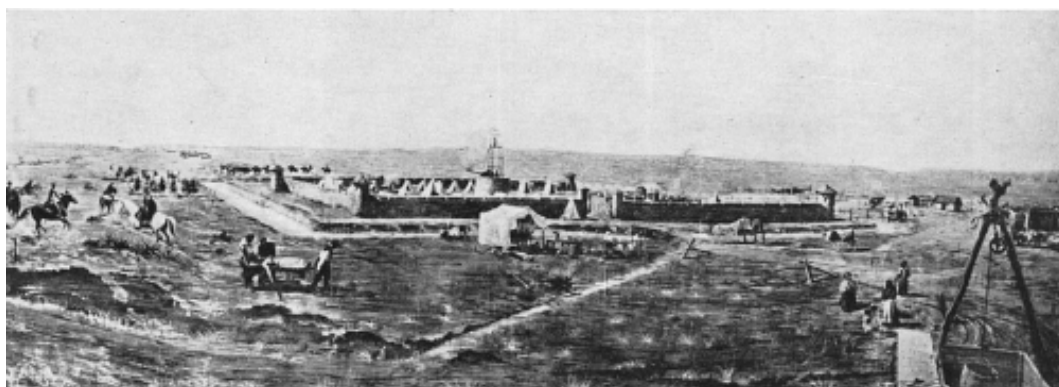


Imagen 5. Baquía y coraje de los primeros gauchos en la Bahía Blanca
Fuerte Argentino o Fortaleza Protectora Argentina, origen de Bahía Blanca

llevando en una mano sus largas lanzas y espiando a los ciervos y avestruces que encontrábamos continuamente a nuestro paso y que difícilmente escapaban a sus boleadoras; sus mujeres e hijos conducían detrás las bestias de carga y los caballos de remonta, galopando a derecha o a izquierda para empujar los animales perezosos que en esos largos viajes se detienen a cada instante para ramonear¹¹. Finalmente, la retaguardia estaba formada por el regimiento de los coraceros: esos militares conducían también caballos de remonta y una tropilla de yeguas destinada al aprovisionamiento de la caravana, porque no se llevan otros víveres en marchas tan rápidas y se había preparado, únicamente para mí, algo de carne vacuna seca y salada a la manera del país¹².

La expedición pionera llegó a la Bahía Blanca el 21 de marzo, es decir nueve días después de su partida de Tandil. De allí en más, siguieron los trabajos de reconocimiento y determinación del lugar de emplazamiento más apropiado. El 11 de abril, el coronel Ramón Estomba, que había llegado días antes, realizó el acto fundacional.

Es para tomar en cuenta que era un momento difícil en las pampas. La violencia podía estallar en cualquier momento y lugar. De modo que esta avanzada había corrido un real peligro¹³.

Se destacan aquí dos actos de injusticia por parte del ingeniero francés: primero, desconoce la condición de gaucho al baqueano que los conduce. En segundo término, pagar con ingratitud el cuidado que los baquianos gauchos demostraron con respecto a su vida calificándolos despectivamente y abriendo juicios acerca de sus vidas, sobre las que nada sabía. Debe considerarse que los baquianos ocupaban los lugares más peligrosos de la columna: la cabeza y los laterales a media legua a fin de divisar a los eventuales enemigos. En cambio, los coraceros iban guarecidos al final de la columna, detrás de gauchos e indios.

Lamentablemente, estos gauchos no aparecen en la memoria fundacional de Bahía Blanca. Sería un acto de justicia que algún día un espacio público importante de la ciudad llevara el nombre de Gauchos Fundadores.

11 Ramonear: Pacer los animales las hojas y las puntas tiernas de las ramas de los árboles.

12 La cursiva y el subrayado son del autor y sirven para orientar al lector cuando más adelante se vuelva a estos temas.

13 De hecho, meses después el teniente coronel Morel, ya comandante del Fuerte Argentino fue muerto junto a varios de sus hombres, por los indígenas que acompañaban su columna.

En este punto, Patagones todavía tiene una cuenta pendiente. Tardó en tener una calle que llevase el nombre del gaucho Molina. Es una pequeña cortada, ubicada en una zona casi céntrica. No es mucho, pero peor era nada. Falta un homenaje al conjunto de sus hombres o a cada uno. Se saben sus nombres, aunque se ignora el de los gauchos de los saladeros, las estancias o las salinas. Entonces, recordar a los 22 de Molina, uno a uno como se recuerda a los milicianos vecinos.

DE BAQUIANOS Y BOMBEROS

Luego de la crónica de la travesía rumbo a la Bahía Blanca, retornamos al Carmen para cerrar el tema de los baquianos introducido por Parchappe, ahora de la mano de su amigo Alcides D'Orbigny. Refiriéndose a los baquianos, dice:

Parece que desde la fundación de Carmen siempre han sido necesarios esos exploradores conocidos por los pobladores con el nombre de bomberos (...) forman una especie de regimiento de los más valientes, habituados a la vida campestre y a sus privaciones. Sus servicios son voluntarios, y como son bien pagados, siempre hay los suficientes (...) aunque la profesión sea de lo más peligrosa (...) centinelas perdidos, que se ubican en un sitio donde el enemigo debe necesariamente pasar a una distancia a menudo considerable de la población (...) algunos estaban a más de 25 leguas del Carmen. Deben allí tratar de observar todos los movimientos que se realizan en los alrededores e informar de inmediato (...). Cazán para alimentarse; y siempre a caballo, reconocen, por la hierba ligeramente pisada, si alguien ha pasado y qué dirección tomó (...) poseen una sagacidad asombrosa; (...) Después de sus recorridas diurnas, se reúnen al atardecer... pero no encienden fuego para no ser sorprendidos (...) Eran cuatro hombres en cada dirección los que nos cuidaban, sin inquietarles lo que podía sucederles; (...) si a esos desdichados sorprenden los indios espías, los sacrifican de inmediato y para ellos nunca hay clemencia. Es raro que transcurra un año sin que alguno de ellos no perezca.

Merecidos elogios para nuestros gauchos.

LOS GAUCHOS EN EL SALADERO VISTOS POR UN FRANCÉS

D'Orbigny realizó una precisa descripción de las intensas labores de uno de los dos saladeros establecidos en la margen sur del río Negro. Aquí va una síntesis de su relato.

Un reducido grupo de gauchos, diariamente podía reducir a tasajo a alrededor de ciento diez animales. Empezaban al amanecer una serie de tareas con una precisión de movimientos que solo podía lograr gente muy avezada. Encerrar los vacunos, ir separando por tandas a los que se sacrificaban, cortarles los tendones de las patas traseras para que cayeran y cesaran su fiera resistencia, matarlos, desollarlos, despostarlos, separar la carne de los huesos, cortarla en lonjas, extraerle la grasa y disponerla en capas alternadas con sal. Luego debían colgar en tendales para su definitivo secado a las lonjas ya saladas en anteriores faenas, y disponer en fardos a las que habían concluido el proceso. Le seguía el salado y apilado de los cueros. En cuanto a la grasa se separa la comestible del sebo. Aquella era fundida y guardaba en vejigas de cuero. Casi terminando la jornada había que partir los huesos que contenían médula, retirarla minuciosamente para luego derretirla al fuego y verterla en barrilitos. Este manjar para alta cocina era el elemento más valioso del animal. Finalmente, se realizaba la limpieza de la playa de faena, llevando a la costa del río el centenar de osamentas y las vísceras de las que luego daban cuenta las aves carroñeras y los perros cimarrones.

Se manejaban con ganado pampa, adecuado a la demanda de los mercados internacionales: cuero y tasajo. Estos animales poseían una carne fibrosa y magra, apta para la salazón. Solo un gaucho era tan diestro como para realizar rápida y eficazmente la faena, y a la vez no ser heridos por estos vacunos casi salvajes. El mismo D'Orbigny fue testigo de cómo un puñado de estos nervudos animales perseguido por un puma, volvían sobre sus pasos y terminaban matándolo con sus largos cuernos. Por eso dice el naturalista francés que

El europeo que contempla la explotación de un saladero no puede dejar de impresionarse por la destreza y la ferocidad de los peones, así como por la habilidad con que esquivan las cornadas de los toros, furiosos al ser enlazados, que se debaten con fuerza extraordinaria, cuando se acercan a sus hermanos ya muertos en el lugar, saltando, coceando y haciendo correr al jinete, a cada instante, un verdadero peligro.

TAMBIÉN CON EL ARADO

Vale detenerse en este punto, ya que erróneamente suele asociarse al gaucho exclusivamente con la ganadería. Las investigaciones realizadas a partir de la década de 1980, muestran una realidad más compleja, por lo menos hasta mediados del siglo XIX en que se va consolidando la gran propiedad, terminando de desplazar al campesinado gaucho a la condición de asalariado, soldado, prófugo de la justicia o convicto. Gauchos campesinos que cultivan la tierra que ocupan, luego de lo cual salen a conchabarse en las estancias ganaderas, hasta que los salarios de la siega del trigo o la cosecha de su propio sembradío los hacía abandonar al hacendado, generando su airada protesta sobre la vagancia.; y los diarios y periódicos de la época recogiendo la voz del estanciero como expresión de la más pura verdad.

Algunos de quienes disponen de agua labran pequeñas huertas que permiten a su familia diversificar su dieta. Sin embargo, los relatos de viajeros no dan cuenta de esta diversidad productiva, por la sencilla razón de que para ellos, que solo es gaucho quien responde a su arquetipo del matrero.

PONIÉNDOLE EL CUERPO AL MALÓN

Los vínculos económicos, sociales y políticos de las tribus patagónicas y surpampeanas con Patagones se fueron articulando progresivamente desde la fundación. Esto no significa que no hubiera momentos de violencia ya sea de baja como de alta intensidad. El primero es el caso del robo de ganado de pequeña a mediana escala. Podía no haber muertos entre los pobladores en caso de no oponer resistencia, ya que se trataba solo del logro del botín. Claro que el episodio podía tornarse cruento si los propietarios o el comandante, enviaban una partida para recuperar el ganado. Allí solían registrarse bajas en ambos bandos.

Los peones de las estancias atacadas se integraron a estos piquetes. Cuando la magnitud del arreo llevaba al comandante a organizar una partida de soldados, que por lo general no tenían buenas cabalgaduras, los peones eran contratados con el solo pago del jornal por cada día que durara la expedición. Poca cosa para jugarse la vida por un patrimonio

ajeno. Esta liberalidad del gaucho para con su propia vida fue destacada por el naturalista D'Orbigny.

En cambio, señalamos como violencia de alta densidad al malón, caracterizado no solo por un mayor número de atacantes, sino porque la captura de animales solía ser prácticamente exhaustiva, en razón de que el poder militar desplegado permitía una minuciosa requisita. El malón solía contener además del robo de ganado, un componente político. Esto implicaba la decisión de destruirlo todo: vidas, edificaciones y cultivos.

Ante el incremento de la violencia fronteriza y viendo la precariedad de la guarnición militar, se organizaron dos milicias de caballería. Una integrada por vecinos, y la otra por la peonada de los campos, barracas, saladeros y de la salina; es decir que se formalizó la militarización del gauchaje.

A cada momento llegaba información sobre posibles malones, lo que obligaba a estar muy atentos y destacar bomberos de cuyo valor ya sabemos. También del peligro que corrían. Para colmo de males, pocos de estos gauchos de uniforme están allí por vocación castrense. La mayoría han sido «arreados» en una leva y alguna que otra vez recibe con atraso su paga miserable. La elusión de estas levas estimulaba la decisión de hacerse matrero.

LA VIDA O LA LIBERTAD. EL DILEMA DEL DUELO

Los duelos a cuchillo impresionaron a D'Orbigny.

De inmediato se los ve sacar un enorme cuchillo de una vaina que llevan al cinto, colocarse el poncho en el brazo izquierdo, levantarlo como un escudo, ponerse en guardia con notable sangre fría, buscarse mutuamente, (...) con el objeto de herirse el rostro, porque darse una cuchillada debajo de la cintura sería considerado una traición, indigna del honor de los combatientes. Los dos adversarios se miran con fijeza, para adivinarse sus movimientos, a fin de aprovechar el momento favorable para herirse en la cara; y si, después de muchos esfuerzos de una y otra parte, la punta del cuchillo alcanza el rostro de uno de ellos, por poca sangre que salte, el duelo termina. Ambos llegan a ser a menudo buenos amigos. Acontece a veces que el vencido recibe una cuchillada que le atraviesa (...) el rostro; pero no trata de vengarse. Ju-

gadores infatigables, los gauchos tienen sin cesar las cartas en la mano; es el juego que los lleva casi siempre a esas riñas sangrientas.

Parchappe agrega que también los celos por una mujer solían disparar una de facones. En ocasiones, el duelo estaba destinado a durar hasta que uno de los contrincantes quedaba fuera de combate, ya sea por temor, por sus heridas o porque había muerto. La dramática pintura del poeta uruguayo Osiris Rodríguez Castillos dice que cuando dos hombres se batían a duelo debían elegir interiormente entre la vida o la libertad. Si elegían la vida, trataban de aprovechar la primera oportunidad para herir de muerte al rival. Habrán sobrevivido al lance, pero al costo de purgar una condena de diez años. En cambio, si escogían la libertad, trataban de herir gravemente al rival para dejarlo fuera de combate. Claro que a riesgo de que su contrincante hubiera elegido matarlo. Era probable entonces, que por elegir la libertad perdiera su vida.

¿QUÉ CLASE DE PERSONAS ERAN ESTOS GAUCHOS?

Si nos referimos a los reos de Patagones y recorremos los expedientes judiciales que concluyeron con su condena, la mayoría carecía de antecedentes delictivos. Eran, en general, gente buena que «se desgraciaba» por la funesta conjunción de portación de cuchillo y excesivo consumo de alcohol. «Homicidio en riña», tal como se decía. Pero cuando un lee el memorial de vecinos de 1824, todo parece distinto. Y lo que decimos está documentado. Porque revisando las causas judiciales de delitos cometidos en Patagones vemos que muy pocos han sido cometidos por los presos deportados, a pesar de la ferocidad que se les adjudica gratuitamente.

LA ACTITUD DEL GAUCHO ANTE EL TRABAJO

Ante preguntas de este tipo, lo primero que decimos es que no se puede generalizar sobre ningún colectivo. Afirmar que «las mujeres, los jóvenes o los hombres» o que « los argentinos somos» de tal o cuál

modo implica atribuirles características comunes a grupos humanos que pueden no compartirlas. Tampoco puede generalizarse sobre los gauchos. Sin embargo, y aun volviendo sobre algunas cosas ya dichas, trataremos de que por lo menos no se generalicen conceptos negativos. Porque como decía mi abuelo, «si vamos a equivocarnos, es preferible ‘pensar que habiendo uno bueno, todos los demás lo son, antes de creer que porque haya uno malo, todos los otros son iguales a él’». Para decir bueno o malo, debemos evitar la mirada etnocéntrica. Es decir, medir a todos los individuos de cualquier cultura con la misma vara que nos sirve para medir a los de la nuestra. Comparamos la sociedad A y la B.

Sociedad A: típica sociedad de consumo en la que existe la cultura de la acumulación, de trabajar muy duro para hacerse de bienes que allí son importantes, en la que «tener» es sinónimo de y felicidad y de éxito. Sociedad B: sociedad de pastores o campesinos, propia del siglo XVIII. Las necesidades son escasas, más allá de una alimentación sin demasiados matices. La vivienda contiene camas muy rudimentarias, mesa, un par de sillas cuando las hay, unas cabezas o pelvis de vaca para sentarse, un baúl para la ropa que es muy poca; una pava, una olla, un par de cucharas, un plato y un jarro de lata. No existe la idea de acumulación como no sea la de prever la falta de pasturas o alimentos para el siguiente ciclo productivo. Se vive al día. La describe bien la frase de Facundo Cabral: «Rico no es quien más tiene, sino quien menos necesita». Entonces, ser considerado «trabajador» o vago es muy distinto en cada una de esas sociedades.

Y un costado curioso. Hay quien viaja a la India para encontrarse con personas que viven en armonía con el mundo, en un marco material similar al de estos paisanos, que viven con casi nada como nuestros paisanos. Unos y otros hablan poco y en voz baja, predominando en ellos la introspección y los largos silencios. Sin embargo, los hindúes son vistos con admiración y los paisanos nuestros con lástima o menosprecio.

Produce irritación en el estanciero, en un periodista o un viajero, que el gaucho no se afane por estar a disposición de los patrones cuando los precisan, aun cuando lo hayan despedido un vez que terminó la yerra o el desmonte. El paisano tiene su propia racionalidad que no es mejor ni peor que la del hacendado o la del periodista. Simplemente es distinta. Suele suceder que no obtiene mucho más con la paga de una semana que lo que le brinda la naturaleza en dos o tres días. Entonces ¿para qué conchabarse como no sea para una faena temporal? En la Argentina, en toda América y Europa esta cuestión se resolvió con métodos que repug-

nan, basados en la violencia y la arbitrariedad. Y no solo para abandonar sus hábitos sino para arrebatárles su tierra para dar lugar.

Parchappe y D'Orbigny llegan al grotesco de tildarlos de un plumazo como vagos e indolentes. A Parchappe los vagos e indolentes lo acompañaron durante nueve días y otros tantos les llevaría regresar a su familia. Con dos días de necesario descanso en la bahía Blanca para ellos y sus caballos son 20 días fuera de sus hogares. Contundente desmentida.

Por su parte D'Orbigny califica del mismo modo condenatorio hombre del saladero a quienes ha visto trabajar de sol a sol con el peligro de las cornadas de los cornilargos pampa. Contundente desmentida.

LOS SENTIMIENTOS

Sentimientos positivos de los gauchos según el naturalista francés son: la estricta observancia de un código de honor en los duelos a cuchillo y la inexistencia de un rencor posterior por parte de quien sufrió una fea herida en el rostro. Otro, el valor para las empresas más arriesgadas, por causas que no de su interés personal, como perseguir a los indígenas que han robado ganado a su patrón. O jugarse la vida como «bomberos», bien al filo de una muerte feroz.

En cambio, son negativos los comentarios referidos a los sentimientos hacia por su familia. En primer lugar y sin conocer ni preguntar nada, ambos franceses dan por descontado que el gaucho matrero lo es por vocación y no por necesidad. Y que, alegremente, o sale de baquiano como una diversión y del mismo modo «se va a los indios» lo que en rigor de verdad, es una salida extrema. El arquetipo es el gaucho Molina, héroe del Combate de Patagones. Pasó de ser capataz y mano derecha del poderoso estanciero Ramos Mejía a líder malonero que hablaba con soltura la lengua mapuche, casado con la hija de un cacique. Lo más curioso es que el hombre de ciudad pretenda conocer profundos sentimientos de una persona que carga sobre sus espaldas una tragedia de injusta pérdida que no tiene remedio.

Es muy cierto en cambio, el poco apego a la vida por parte de los gauchos, o más bien, diría por parte de los más curtidos en entreveros y forzados a hacerse matreros. D'Orbigny es testigo de la frialdad con que un paisano difuntea a un indio que lo molesta en la pulpería, o cuando los indios matan a un compañero. Sin embargo, el mismo

naturalista reconoce que estos hombres no se le dan tan poco valor a la vida ajena como a la propia. Su vida de privaciones, de sinsabores, de subsistencia, a menudo en condiciones extremas, lo van forjando en un metal cortante. Y la violencia lo toca, lo maltrata, lo salva tantas veces que ya son íntimos. De otro modo, seguramente no habría sobrevivido.

PALABRAS FINALES

La visión que nos ha quedado del gaucho fue forjada por la crónica de viajeros, en su mayoría europeos, por ensayos, literatura y crónicas periodísticas, productos todos que terminaron derramando en los manuales escolares. Los notables prejuicios que sustentan esta visión distorsionada se han instalado como representación colectiva del gaucho y es algo que todos saben sin saber de dónde lo sacaron. Pero lejos de quedar como una cuestión del pasado, esta visión se asocia actualmente a la trama de prejuicios con la que sectores muy amplios de nuestra sociedad miran a los más vulnerables. Creo que cuando corremos el velo que cubre y distorsiona ciertos temas del pasado, estamos haciendo lo propio con otros del presente.

Una deuda que me interesa saldar es indagar en profundidad sobre un período más amplio para toda la región del sudoeste y si Dios lo permite, reencontrarnos en otra publicación.

Razones de espacio me impidieron desarrollar aspectos que creo muy interesantes. Ya habrá ocasión. Por de pronto próximamente una versión ampliada podrá ser consultada en la página del Museo Emma Nozzi¹⁴.

Por último, deseo expresar mi agradecimiento a las autoridades de la UPSO por la idea de estas publicaciones de divulgación que creo tan necesarias. Y, claro está, por habernos incluido en ellas. También a su personal que ha tenido infinita paciencia para esperar estas páginas.

14 Disponible en el sitio web emmanozzi.org

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- Bustos, J. (1989). *Economía y poblamiento del Valle Inferior del río Negro (1779-1825)*. Tesis de licenciatura en Historia, Viedma.
- Bustos, J. (1993). Indios y blancos, sal y ganado más allá de la frontera. Patagones 1820-1830. *Anuario IEHS*, 8, Universidad Nacional del Centro de la Pcia. de Buenos Aires, Tandil, pp. 18-36. Recuperado en <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1993/002%20-%20Bustos,%20Jorge%20A.%20-%20Indios%20y%20blancos,%20sal%20y%20ganado%20mas%20all%C3%A1%20de%20la%20frontera.pdf>
- Bustos, J., Irusta, J. (2005). *El Combate de Patagones*. Ediciones artesanales La Lámpara, Carmen de Patagones.
- Bustos, J. (2019). *Historia de la Comarca Viedma – Patagones (1779-1962), síntesis en siete períodos*. Recuperado en <http://emmanozzi.org>
- Crisafulli, G. (2005). Para una Historia de la Burguesía Pampeana. Terratenientes y comerciantes en el Sur Bonaerense a Fines del siglo XIX. *Estudios Sociales*, 7(1), 69-81, recuperado en <https://doi.org/10.14409/es.v/i1.2321>
- Davies, G. (2009). Rescate o compras de indígenas en Carmen de Patagones, un fenómeno particular de mestizaje. En Farberman, J. y Ratto, S. *Historias mestizas. Trayectorias de indígenas, españoles y criollos (siglos XVII a XIX)*. Biblos, Buenos Aires, pp. 115-143. recuperado en https://www.academia.edu/30895610/Davies_Rescates_o_compras_de_ind%C3%ADgenas_en_Carmen_Patagones_1795-1836_un_fen%C3%B3meno_particular_de_mestizaje_en_Farberman_y_Ratto_coord_Historias_Mestizas.pdf
- D'orbigny, A. (1945) [1837-1847]. *Viaje por la América Meridional tomos II y III*. Editorial Futuro, Buenos Aires.
- García Enciso, J. (1968). *La Gesta de Patagones. Dirección de Estudios Históricos de Argentina*. Editorial Congreso de la Nación, Buenos Aires.
- Gorla, C. (1983). *Origen y desarrollo de la ganadería patagónica (1779-1810)*. Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Buenos Aires.
- Gorla, C. (1998). *La frontera de Patagones en el período 1820-1840*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

- MAYO, C., Amaral, S., Garavaglia, J., Gelman, J. y otros (1987). Estudios sobre el mundo rural polémica: "Gauchos, campesinos y fuerza de trabajo en la campaña rioplatense colonial". *Anuario IEHS*, 2, Universidad Nacional del Centro de la Pcia. de Buenos Aires, Tandil, pp. 23-213. Recuperado en <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/1987.html>
- Moldes, B., Peronja, A. (1986). *Los primeros pobladores. En Rey, H. y otros. Historia del Valle Inferior del río Negro*. Plus Ultra, Buenos Aires, pp. 43-108.
- Ruffini, M. (2003). *Al sur de Buenos Aires, la vida cotidiana en un espacio de frontera: el fuerte de Patagones (1852-1878)*. Academia Nacional de la Historia. Duodécimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, La Plata.
- Vezub, J. (2009). *Valentín Saygüequé y la Gobernación Indígena de las Manzanas*. Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Weimberg, F. (director) (1988). *Historia del Sudoeste Bonaerense*. Plus Ultra.

BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA

- Fradkin, R., Garavaglia, J. (2009). *La Argentina colonial. El Río de la Plata entre los siglos XVI y XIX*. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires. Disponible en <https://es.scribd.com/document/260236042/Fradkin-Garavaglia-La-Argentina-Colonial>
- Rodríguez Molas, R. (1982). *Historia social del gaucho*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. Disponible en <https://www.folkloretradiciones.com.ar/literatura/Historia%20social%20del%20gaucho.pdf>
- Salvatore, R. (1997). Los crímenes de los paisanos: una aproximación estadística. *Anuario IEHS*, 12, Universidad Nacional del Centro de la Pcia. de Buenos Aires, Tandil, pp. 91-100. Disponible en <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1997/007%20-%20%20Salvatore%20Ricardo%20-%20Los%20crimenes%20de%20los%20paisanos,%20una%20aproximacion%20estadistica.pdf>



EDIUPSO
Editorial de la Universidad
Provincial del Sudoeste



ISBN 978-987-46769-6-2

9 789874 676962